

EL ESCANDALO

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona
SEMANARIO
Se publica
los jueves
30 céntimos

AÑO II

BARCELONA 9 DE SEPTIEMBRE DE 1926

NÚMERO 47



He aquí la figura de Enrique de Rosas. Enrique de Rosas, si no es nuestro actor preferido, por lo menos es uno de nuestros pocos actores preferidos. Es inteligente, cordial, afectuoso y culto. Tiene una inquietud nobilísima para todas las cosas de la vida y busca en la gloria, no un anhelo de popularidad basta, sino una afirmación de calidad. Estuvo en España, regresó a su patria y ha sido de los únicos actores que no ha tenido pecho para hablar mal de la tierra que le aplaudió y vitoreó. Nuestro Enrique Borrás nos dijo de él, en cierta ocasión —"De Rosas es una lección de confraternidad, de bondad, de inteligencia." De Rosas nos dijo de nuestro glorioso Borrás: —"Borrás es uno de los actores que más emoción me ha producido". Cuando se está en las alturas se debe hablar así. Huyendo de la bajeza y de la minucia. De Rosas ha vuelto, y EL ESCANDALO, hoja de indiscretos y de ironías se complace hablando en serio y con elogio de este actor estupendo y genial que da una lección de cordialidad y de inteligencia. Que al pasar por Barcelona, la ciudad que fué dictada por el genio de la tierra como "Archivo de la cortesía" le ofrezca sus mejores flores y sus más cálidos aplausos

Ha muerto Carra

Era Carra un empleado de Teléfonos. Prestaba servicio de noche en la sucursal de la Plaza de Cataluña. Con su compañero Berard, fraternizaba con los periodistas. Los periodistas encontraron en Carra un amigo, un camarada, más que un funcionario servicial y complidor de sus deberes. Era un hombre bueno, inteligente, digno de mejor suerte de la que tuvo en vida... La modestia de su sueldo no le permitía atender a las necesidades de su familia—el amor de sus amores—con la largueza necesaria. Y luchaba contra las privaciones con un admirable tesón de luchador. Por no poder pagar un piso en Barcelona, vivía a la altura de San Adrián, pero cerca del mar, en una casita humilde, con su mujer y sus cuatro hijos. Allí, al menos, sus criaturas podían respirar aire puro, lejos de los horribles hacinamientos de las viviendas modestas de la ciudad. La distancia no era obstáculo para el cumplimiento inflexible de sus deberes. Todos los días, a la hora precisa, Carra ocupaba su asiento tras la ventanilla, desde la que atendía al público. Y al terminar su labor, volvía a su hogar, a reposar con los suyos.

Ahorrativo, para llevar unas pesetas más a su casa al cabo del mes, Carra no viajaba en tranvía. Desde su casa a Teléfonos y desde Teléfonos a su casa iba en su bicicleta. Con frío o con calor, con lluvia o con sol. Carra pedaleaba por la carretera de Mataró, hacia Barcelona por las tardes y hacia su casa a las dos de la madrugada.

La otra noche, el sábado, salió de Teléfonos con su bicicleta. Se despidió de sus compañeros y de los periodistas, con la jovialidad de siempre. Acaso aquella noche no faltaron las

bromas de costumbre, alusivas a su bicicleta. Carra las aceptaría con su bonachonería proverbial y, dándole al pedal, echaría a correr hacia su casa, para juntarse a su mujer y a sus hijos.

Pero ni llegó a su casa ni verá más a su compañera y a sus criaturas.

En la carretera se le echó encima un camión, lo derribó y le pasó por encima, aplastándole con su peso formidable.

El mecánico, asustado de su obra, huyó despavorido, sin acudir en su auxilio, sin llevarlo a una casa de socorro. Y allí quedó Carra, tendido en la carretera, luchando con la muerte en una agonía lenta, que duró más de dos horas... Cuando unos carreteros le recogieron, era ya cadáver.

¡Pobre Carra! ¡Triste final el suyo, tras una lucha heroica, de un heroísmo que no son capaces de comprender los bien hallados con la vida! ¡Qué tragedia la de su existencia! ¡Qué horror el de su muerte!

Yo he querido contar cómo vivía Carra y cómo ha muerto, para que los que no lo sabían nos acompañen, si tienen corazón, en la obra de velar por una viuda y cuatro huérfanos que quedan en la miseria.

Seamos los periodistas los primeros en cumplir con este deber, en memoria del buen Carra.

BRAULIO SOLSONA.

UNA GRAN RECTIFICACION

Elvira Reyna afirma que existe y que no quiere que la eliminen del Padrón Municipal

Nuestra ilustre colaboradora, Elvira Reyna, nos envía las siguientes cuartillas para su publicación. Sabe Elvira Reyna la estima personal e intelectual que en esta casa se le profesa y por ello holgaban las consideraciones suplicando la publicación de las cuartillas. EL ESCANDALO se complace en contar entre sus colaboradores a una mujer como Elvira Reyna que, sin apoyo de nadie, y en menos de un año, ha sabido crearse una rotunda personalidad en el campo de las letras.

Es hoy, Elvira Reyna una principiante genial. De dedicarse plenamente a la misión espiritual de la literatura alcanzaría triunfos ruidosos, pero esta mujer tan alada y tan deliciosa está cada dos por tres con el pie en el estribo o atravesando la palanca de los barcos que la llevan y la traen de un continente a otro continente. Nosotros deseamos de Elvira Reyna que detenga un poco su marcha rápida a través de la vida y que se recoja un cuanto tiempo para producir la novela que todos esperamos de su espíritu cáustico.

He estado ausente de España cerca de un mes y medio y al llegar me entrega un número de EL ESCANDALO en el cual y con el título de "¿Existe Elvira Reyna?" se me dedican unas graciosas líneas negándoseme cédula personal y recibo del impuesto de inquilinato.

Me habéis matado. ¡Qué le vamos a hacer! Soy un cadáver. No existo. Pero esto no puede quedar así. Si no existo, si soy un cadáver o un producto de la viva fantasía de mi buen amigo Francisco Madrid, os voy a enviar cada semana las cuentas de la modista, de los gastos de mi casa y todos los primeros de mes el recibo del piso. Será acaso la única manera de que os convenzáis de que existo. Y si os hago pagar la realidad de mi existencia, acaso, queridos autores del sueldo, encontréis cara entonces mi realidad vitalísima.

Si no existo en la vida real, va a ser delicioso mi vivir. Figuraos la escenita o las escenitas.

En casa de la modista:

—Háganme un traje así, así y así.

—Muy bien. A nombre de quién.

—A mi nombre, Elvira Reyna.

—No puede ser.

—¿Cómo que no puede ser?

—No, señora. Elvira Reyna no existe. Elvira Reyna es un producto de la fantasía de un escritor.

¿Qué le digo yo entonces? ¿Cómo van a vestir una fantasía? Puede uno vestirse de fantasía, pero es imposible vestir a una fantasía. ¿Qué tal?

Lo mismo en el dentista, en el médico, en la manicura y en el peluquero. Vamos, distinguido colega, que yo no le he hecho ningún daño para que me elimine de esta manera.

Cuando le sobre alguien en este pícaro mundo, elimínelo por su cuenta, pero no para el resto de la humanidad. Y aún menos, mezclar mi personalidad con la de un compañero



Don Miguel ha vuelto al tablado de la actualidad. Don Miguel es para nosotros San Miguel. Y San Miguel es hoy el autor del éxito. "Rhaquel" responde a una inquietud, a una vida íntima atormentada, a un fuego interior que no se apaga, porque los años no han hecho mella ni en la fuerza del genio, ni en el cuerpo físico del hombre. Don Miguel; San Miguel de Salamanca, vive lejos, muy lejos. Palpita su corazón a la vez que todas las conmociones espirituales de los pueblos, de los hombres, de los movimientos sensitivos. San Miguel de Salamanca habrá vivido unas horas de inquietud y de alegría, al saber que el público barcelonés ha aplaudido estruendosamente su nueva comedia dramática, que, como todo lo suyo, es un poema de vida y de dolor. La pluma gloriosa que enlazara con la de Gárgil, para dar un "Ideario peninsular"; la pluma gloriosa de "L'agonie du christianisme" y de los "Ensayos", nos ha dado una nueva obra genial. Esta "Rhaquel" atormentada y magnífica. Deseamos que San Miguel de Salamanca viva muchos años para bien de nuestras letras y de nuestra consciencia moral

que existe única y exclusivamente con, de, en, por, etc., él. Ahí está mi fotografía: mala y todo es una prueba más de mi existencia.

Escribo por mi cuenta y razón. No tiene ninguna culpa nuestro compañero para achacarle la paternidad de unas cuartillas que escribo cuando me viene bien y que envío a diferentes periódicos de España.

Vamos, querido colega, que yo también como el Julián de "La Verbena", tengo mi corazoncito (soy madrileña y ostento con orgullo el blasón de la villa) y me place vivir. No hay por qué trasladarme así como así al mundo de los espíritus casi sin dar tiempo a despedirme de mis distinguidos amigos y admiradores. Esto de admiradores lo he puesto para darme importancia; cosa muy material y de este mundo traidor.

Y no quiero seguir defendiéndome, porque sucedería al revés la misma paradoja que un día apuntara un ilustre cateático salmantino, cuando comentaba un libro titulado "Jesucristo nunca ha existido" que daba más de cien razones, justificando la no existencia de Dios.

—De momento que hay que buscar cien razones para demostrar que Jesucristo no ha existido, es que existe. De no existir, con una razón hubiera habido bastante.

Me callo para que no salga otro diciendo:—De momento que expone tantas razones para justificar su existencia es que no existe...

Y yo existo, existo, existo. Que lo pregunten a los que vienen a cobrar facturas a mi casa, que es la de los amigos de EL ESCANDALO, a pesar de que alguien me haya querido eliminar del padrón municipal.

ELVIRA REYNA

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

Temas actuales

Elogio de la telefonista desconocida

Yo quisiera hacer su elogio, señorita telefonista desconocida.

Creo, además, que un artículo elogiando a las telefonistas ofrece una relativa originalidad, porque hasta ahora la actuación de ustedes no ha merecido más que duras censuras. Y nada más injusto que estas censuras.

Creo la inmensa mayoría de la gente—opinión indudablemente equivocada—que la obligación de ustedes es facilitar toda comunicación telefónica entre dos seres que desean hacer un intercambio de adjetivos. Sólo unas cuantas personas sabemos todo lo erróneo que es ese criterio: la obligación de ustedes, su verdadera obligación, consiste en platicar largamente, mientras llaman los abogados dando enérgicos timbrazos.

Si usted quiere, señorita telefonista, que le hable con sinceridad, tendré que confesar que durante una época yo estuve sujeto al error común. Afortunadamente aquella época ya pasó. Pero no puedo evitar, siempre que recuerdo aquellos lamentables años, un estremecimiento de pavor.

¡QuN tristes años aquellos, señorita! Con los auriculares siempre puestos esperé durante horas, durante días, la ansiada comunicación. E invariablemente usted me daba siempre la terrible noticia: "Ese número está comunicando, señor".

En diez años conseguí comunicar tres veces. No es un número excesivo. Después he conocido varios casos de personas aún más infortunadas que yo...

Este proceder de ustedes que en aquella época me parecía extraño, lo he averiguado ya.

¿Qué sería de las telefonistas el día en que dos personas lograsen hablar por medio del teléfono? Ocurriría algo horrible, terrible: todo el mundo intentaría utilizar frecuentemente el teléfono. Constantemente, frenéticamente llegarían hasta ustedes demandas de números, numerosas demandas de números: "Póngame con el 7-04." "Con el 79-98.", y usted y sus compañeras tendrían que trabajar.

Pero a pesar de todo; a pesar de esos diez años que perdí inútilmente, cuando creía todavía que el teléfono era un aparato que servía para que dos personas se preguntasen mutuamente por la salud y se diesen recuerdos, yo le estoy agradecido profundamente, joven telefonista: por eso intento hacer su elogio.

Usted me evitó—no dejándome comunicar—largas y tediosas conversaciones con personas desconocidas que me iban a abrumar con sus relatos.

Usted hizo, telefonista sentimental—todas las telefonistas son sentimentales—que en las interminables esperas, adquiriese yo una gran cultura sobre el origen, desarrollo, gustos, afecciones y psicología de las moscas.

Y usted fué la causa ¡oh, respetable telefonista! de que haya yo llegado a poseer esta suprema definición: "Un teléfono es un objeto ornativo. Nada más".

JAVIER SANCHEZ-OCANA.

La mujer y el servicio militar

No. No es la moda tan antojadiza y arbitraria como se cree la gente. En la imposibilidad de dar gusto a todo el mundo de una sola vez, la moda halaga a trechos, alternativamente, de sector en sector. Ahora les ha tocado el turno a las mujeres pequeñas, delgadas y morenas. ¡Terrible complicación para las elegantes de elevada estatura, que se aprovechaban de aquello: "Sei troppo piccola-par fare all'amore con me"! ¿Cómo reducir la talla? Lo del tinte moreno, es cosa fácil, por virtud de la química. Lo de la esbeltez, es cuestión de escamondar los huesos, hasta que sean visibles. Pero, ¿y la pequeñez? ¿Cómo se llega a la pequeñez? Porque hay muchos procedimientos para aumentar la estatura, mas, ninguno para reducirla. La pequeñez es un privilegio divino, cantado por el Arcipreste de Hita:

"Como en chica rosa está mucha color,

Y en oro muy poco gran precio y gran valor,

Como en poco bálsamo yase gran buen olor;

Así en chica dueña yase muy gran amor.

Son frías de fuera; en el amor ardientes,

En cama solaz, trebejo, plaserterías, rientes,

En casa cuerdas, donosas, sosedadas, bienfasyentes, etc.

Según un emperador neoyorquino y un barbero de Wháshington, la pequeñez será la moda de este invierno. Se debía esta reparación a las mujeres menudas, aunque sería preferible que la pequeñez se impusiera definitivamente, como prototipo, en todos los órdenes. Decía Larra—gran pequeño—que el hombre de corta talla andaba por el mundo con más desenvoltura y desenfado que el hombre grande. Y nosotros hemos pensado muchas veces—bajo el directo influjo de nuestra pequeñez—en la suma de energías inútiles, que el buen mozo ha de consumir para mover su máquina, mientras que el enano—¡oh, la gracia inquieta y menuda del extremo Oriente!—consagra esas energías a otros menesteres menos egoístas y personales.

En el caso de la mujer pequeña, citemos de nuevo el Arcipreste:

"Del mal, tomar lo menos: díselo al sabidor"; —Por ende de las mujeres la menor es la mejor."

Agradecemos a la Naturaleza el privilegio de habernos hecho varones, y pensemos en la terrible tortura de la mujer grande y arrogante que tiene que andar a la greña con la próxima moda. Nosotros, varones, podemos, al menos, usar la talla que nos dió la Providencia. Podemos dejar crecer graciosamente nuestro abdomen perezoso. Podemos usar el pelo negro, y castaño, y rubio y canoso, o lucir un cráneo pelado, según nuestra suerte, sin sujeción a las órdenes de modistos, empresarios y peluqueros.

Luego dicen que la mujer no hace el servicio militar. ¿Cabe mayor martirio que el tener que someterse, inexorablemente, a las órdenes de la moda? La moda: he ahí el peor servicio militar, el de la mujer.

LA TIMIDEZ

Ya no encontramos muchos tímidos. En la época de los salones, el hombre de mundo no se daba hasta los treinta años, y para llegar allí, la absoluta desenvoltura sobre las alfombras y frente a los espejos, la frase justa que detuviera el vuelo de los abanicos, la ironía que hiciese enmudecer al impertinente... ¡cuántas horas de timidez habían hecho falta en la adolescencia! Hoy, no; los elegantes se ven lanzados al mundo desde que nacen; niños de diez años, hacen reverencias a las damas, como unos abates del siglo XVIII; los mozaibetes pisan fuerte en los salones, discuten con los hombres maduros y se hallan propicios a todas las audacias. La timidez va desapareciendo, como gracia de los futuros hombres, y quizá, también, el pudor, como virtud de las futuras mujeres.

Viendo estos muchachos de pantalones formidables, que andan con desenvoltura en los modernos salones, y aún se rien de los varones graves, no he podido menos de recordar aquel fino recuerdo de adolescencia de Kant. El recuerdo de aquel primer salón en el que a los diez y ocho años entró solo y sin apoyo. La sola mirada de una mujer bastaba a desconcertarle; cuanto más se esforzaba por agradar, más torpe era; de todo tenía unas ideas equivocadas... "Pero en medio de aquellas torturas de mi timidez—termina—, ¡qué bello era un bello día!"

¿Qué adolescente de nuestro tiempo podrá guardar un recuerdo así de su primer salón? Y sin embargo, de esta debilidad de la primera timidez, ¡cuánta fuerza podía sacarse en la edad madura. En la vida de los grandes hombres, encontramos siempre, al principio, un poco de timidez.

Sólo pasando la frontera de esta timidez, podremos llegar a la desenvoltura de un hombre de mundo. Pero los hombres de mundo, los que conocen todos los secretos del salón, escasean más cada día, y yo pienso que los futuros hombres de treinta años, los que se están formando en esta moderna desenvoltura adolescente, serán de una vulgaridad abrumadora. Día llegará en el que falte en los salones el hombre de experiencia mundana, al que las damas confían sus secretos, y las muchachas sonríen al pasar, cual ante un dios.

¿Cómo crear una nueva timidez que ofrezca a los hombres antes de entrar en el primer salón, el misterio de lo desconocido? Hoy, los muchachos adolescentes son los primeros que vencen las extravagancias de la moda. Con sus pantalones formidables, parecen pisar por la vida con una seguridad maravillosa, y sin un solo obstáculo para su audacia. Y con este paso seguro, entran no sólo en el salón, sino en la ciencia, en el arte, en la política... Ya no hay timidez para nada. Vivimos en el siglo de las grandes audacias. A cada momento encontramos perfectos hombres de mundo que salen de paseo con sus niñas.

FRANCISCO DE COSSIO.

Salir del paso

Leyendo periódicos extranjeros hemos recordado, por rara asociación de ideas, una anécdota de casa de juego que no deja de tener gracia y analogía con algunas situaciones. Refieren que en cierto Círculo madrileño, caracterizado por el fervor con que sus socios se aplicaban a los juegos prohibidos, se presentó cierta noche de buena animación un parroquiano nuevo, amigo de operar sobre seguro.

Parece que el aludido dejaba correr la bola, y cuando ésta, fatigada de tensar la curiosidad de los jugadores, hacía alto, gustaba de empujar una moneda hacia el color ganancioso. El primer golpe fué un éxito. Lo requería así la certeza del "crupier". El segundo fracasó. El parroquiano empujó con el meñique su moneda; pero inmediatamente la raqueta, con un movimiento rápido y a la vez discreto, desalojó a la intrusa. Para advertencia del fullero, el "crupier" repitió, al desgaire, unas palabras de una cancioncilla entonces en boga. Canturreó:

...Mira, niño, que la Virgen lo ve todo,

y que sabe lo malito que tú eres.

El fullero se dió por advertido, y al retirar su moneda replicó con otra parte de la cancioncilla. Farfuleó:

—¡Qué mala entraña tienes p'a mí! ¡Cómo p'ues ser así!

Y salió. Del local y del mal paso donde se había metido.

¿Qué ocurre en Rusia?

No hay humo sin fuego; pero suele ocurrir que el humo, sea mucho y poco el fuego. ¿No será ese el caso de Rusia? tidas y vueltas a reproducir: en Leningrado, revolución militar; en Cronstadt y en el mar Negro, la Marina amotinada; el Kremlin, en peligro; subversiones en las provincias del Este; movimiento separatista en Ucrania... Si todo lo que se cuenta fuese verdad, la extensa Rusia estaría ardiendo por el centro y por sus cuatro costados, y los mentís de la Agencia Rosta y de las Embajadas soviéticas no podría impedir que el mundo vigilante viese las llamas. Pero todo el interés de Inglaterra en acelerar la descomposición del bolchevismo y todo el esfuerzo invencionista de los imperialistas refugiados en la Europa central y occidental tampoco acertarían a levantar tanto humo si debajo faltase el fuego.

Entre tanta noticia falaz o contradictoria, es obvio que existe una crisis del comunismo, manifiesta en el XIV Congreso celebrado a fines de 1925, y que esa crisis sigue evolucionando interiormente.

Entre gente de acción era inadmisibles que la disidencia quedase circunscrita al vago campo doctrinal y sin trascender a la vida práctica del partido. Zinovief y sus amigos maquinaron al amparo de los bosques y en el seno de las organizaciones comunistas, y hechos públicos sus designios subversivos, Zinovief fué exonerado de sus cargos. A la desgracia del antiguo secretario de Lenin ha seguido ahora la de su conmillón Kamenef. La disidencia persiste, y esos dos sucesos, entre los cuales hay que intercalar otras caídas y pretericiones, demuestran que Stalin y sus seguidores llevan la mejor parte en la contienda.

El que hoy predominen no arguye su triunfo definitivo. Hay en Rusia un millón seiscientos mil obreros parados que se adhieren al bando extremista para proclamar el retorno al comunismo integral. Frente a ellos se alzan los campesinos, defensores de la propiedad individual de la tierra, que están más cerca de Stalin, y simpatizan con la nueva Economía política (la "trep") inaugurada por Lenin en 1921, al ver que el mundo de los "mujiks" constituía un peligro mayor para el régimen bolchevique que los ejércitos imperiales de Kolchak, Yudenik y Denikin. Ahora, como entonces, la ciudad y el campo se contemplan irreconciliables a través de las disensiones que van escindiendo al comunismo. Falta saber por cuál de ambos lados optarán los soldados o si su división no engendrará la lucha violenta. ¿Esas sublevaciones y motines de que tanto se ha hablado en los últimos días, no serán acaso referencias exageradas de sucesos parciales que muestran el descontento? El Ejército es obra de Trotski, y en él conserva grandes simpatías. Tampoco carece de ellas Laschevich, otro de los caídos, y que hasta el día de su desgracia fué el segundo jefe de las tropas; pero la gran mayoría del partido y casi toda sus organizaciones tratan de conservar la unidad y votan contra quienquiera que la ponga en peligro.

Pero el peligro más temible quizá no radique en la lucha de tendencias. Aunque se diga que los desacuerdos son de orden ideológico, no cuesta mucho esfuerzo discernir en medio de las polémicas la ambición de los hombres. Zinovief y Kamenef soportan mal que les hayan suplantado segundos con menos notoriedad. Trotski sabe, y nadie ignora, que después de Lenin nadie puede parangonarse con él, y que ni el mismo jefe indiscutido de la revolución, la hubiese salvado de los peligros exteriores e interiores si no la sostiene con su intrepidez y genio organizador. ¿Y no coinciden todos los testimonios en dar por asociados a Zinovief y Kamenef con Trotski? Pero los dos primeros constituyen el ala izquierda del comunismo y el último la derecha. ¿Qué maridaje contra Natura es ése? Si unos disputan de conservador a los que ahora gobiernan, el otro mal podrá asociarse a su punto de vista, y si es el odio común quien los une, será la pasión y no la doctrina el motor de sus actos. ¿Qué estímulo podría luego retenerlos juntos? Recuérdese que Trotski desprecia a Zinovief y a Kamenef y que en un libro lo tildó de cobardes y traidores por su conducta en vísperas de la revolución bolchevique. No se olvide que bajo el valimiento de Kamenef, en Moscú, y de Zinovief, en Leningrado, Trotski sufrió su doble enfermedad política—de la que aún no está bien restablecido—con algunos meses de cura en el Cáucaso. La compañía de esos antiguos rivales sólo puede concebirse como una asociación de lobos y mastines que acabaría a dentelladas, sin resolver por eso la otra lucha más profunda de las ideas, que entre las polémicas de los Congresos y las divisiones del partido siguen dirimiendo la ciudad comunista—aunque fuertemente matizada de "nepmany" o nueva burguesía—y el campo partidario de la apropiación, donde triunfa el "kulak", dueño de las reservas cereales, sin las cuales Rusia se asfixia por falta de relaciones con el exterior.

M. CIGES APARICIO.

NO DEJAD DE LEER TODAS LAS SEMANAS "EL ESCÁNDALO"

CRITICA Y COMENTARIOS

COCKTAILS

El banquete a Opiño fué una doble plana del homenajeado.

■

Dentro de breves semanas vamos a publicar un número dedicado al progreso de la agricultura en España. Después haremos una serie de grandes extraordinarios dedicados a los encajes de la moda 1926-27; al arte de cocinar; a los pequeños inventos, etc., etc.

Será una manera de pasar el tiempo lo más distraídamente posible.

■

De todas maneras sí, es cierto que preparamos un extraordinario. Se trata del número que aparecerá al hacer el año de nuestra publicación. Prepárense ustedes. Será una cosa estupenda y sensacional. Escribirán en este número todos cuantos han colaborado desde el primer día con nosotros, y los mejores dibujantes de acá nos ayudarán. No decimos más por ahora.

■

¡Ah, sí! No escribirá en este número ni Gonzalo de Raparaz ni Valentí y Camp.

Pueden estar tranquilos nuestros lectores.

■

Este amigo nuestro casado y con suegra, tiene cada bronca en su domicilio familiar que los vecinos ya se quejan.

Oiga usted, amigo, las cosas de familia en casa, pero no en la calle. Como sucedió el otro día. Que hasta los vecinos supieron la ropa sucia que no se lavaba en casa.

■

Estas catástrofes acuáticas van siendo excesivas. Será cosa de ponerse a tono y de no exagerar.

Sí, es lo que dicen los borrachos a estas horas

—¿Cuándo ha hecho desgracias parecidas el vino?

Y tienen razón.

■

Recomendamos a la empresa del Excelsior que tenga la bondad de injertar en las glándulas de los distinguidos músicos del "jazz-band", un poco de alegría. Porque, como suelen decir los valencianos, tienen actualmente una "tristeza en las partes escatológicas" que más que alegrar el baile parece que ejecuten un funeral. Las cosas para animarlas hay que variarlas. Un poco más de alegría, no estaría mal. Porque tanto en el vestir como en el actuar parecen bedeles de nuestra distinguida y gloriosa Universidad.

■

José Gibert, en "El Progreso", ha comentado el artículo que la semana pasada publicábamos contra "el mal chofer". Cuento con nuestro apoyo para la iniciativa que propone.

Aquí estamos para esto.

■

Dicen los sismógrafos de Toledo que "la tierra tiembla". Pues, señora, no hay motivo ahora para ello, por muy descotada y corta que lleve usted la ropa. No va a haber más remedio que abrigarse, y esto va a ser peor que la enfermedad.

■

Un periodista mejicano, Ortega, ha escrito una obra titulada "Hombres y mujeres".

Y niños, joven periodista, y niños, que también "háyllos".

■

"Se van a suprimir la verbenas".

Pues entonces, no sabemos cómo van a pasar el verano los madrileños. En el patio, contemplando el botijo.

■

"En Madrid, hace cincuenta y tres días que no llueve, y el termómetro al sol marcó cincuenta y tres grados."

A grado por día, sin agua. ¡Eso sí que es ascender!

Y luego dicen...

■

"Aumenta el número de personas ahogadas."

Es natural, unos se mueren en los ríos y en el mar, y otros se ahogan de calor.

■

El poeta canario Saulo Torón dice un crítico que "es un poeta del mar".

Como si dijéramos, de verano, o de alpaca, como ustedes gusten.

■

"En Inglaterra van a enseñar a los niños el uso del teléfono."

No será del automático, porque no lo aprenden en un año, y, además, abusarían creyendo que estaban jugando al barquillero.

■

"Cincuenta cajas de oro han sido transportadas en avión de Moscú a Londres."

No hay duda, el oro está por las nubes.

El arquetipo de la mujer moderna será aún más "plano" que en las temporadas anteriores.

Está visto que la mujer se ha empeñado en hacer la competencia a los relojes de bolsillo y en que no la podamos piropear diciéndole:

—¡Olé, vaya un perfil!

Porque no se sabe cuál es su posición.

■

"El charleston, cultura física."

Ni la física ha podido llegar a menos ni la cultura descender a tan ruin mansión, como diría el Comendador.

■

Título de una crónica:

"Al salir de Málaga."

Pues ya se sabe; que se acaban los boquerones y que, además, se puede salir de Málaga y entrar en Malagón.

■

Lo poetisa uruguaya, Luisa Luisi ha dedicado unas canciones al sol.

Antes se cantaba a la luna con frecuencia y ahora al sol... que más calienta.

■

Otra señorita, Delia Colmenares, ha escrito una obra que titula "Meteoros".

Uno de sus críticos le dice que ha puesto el pie en un terreno peligroso y resbaladizo. Naturalmente, nada más resbaladizo que el hielo, ni más peligroso que la electricidad. Aunque los hay que no los parte un rayo.

■

Dice un señor de Córdoba en "El Sol", que Villaralto necesita una carretera.

Por nosotros, que se la den; pero, ¿para qué la quiere si nadie sabe que existe Villaralto?

■

"El Parlamento egipcio ha recomendado al rey Fuad que haga economías en la lista civil."

Y que suprima los cigarrillos.

■

"La Epoca" se ocupa del calor y de la sequía. Lo cual quiere decir que precisa enviar a muchos a mandar llover.

¡A ver si se consiguen cuatro gotas!

■

"La supuesta crisis del Ebro."

¿Pero es que los ríos hacen política? Como no sea para protestar del texto único...

Sigan, sigan su "curso".

■

"Encuentran a un muerto bebiendo cerveza."

Le habría invitado don Juan Tenorio.

■

Dice "El Imparcial" que el pueblo de Madrid necesita cuidar de la infancia.

Y, entonces, ¿qué ocupación vamos a dar a las niñas y a las amas de cría? ¿Como no cuiden de los soldados!

■

"A un señor le roban dos veces en breves minutos."

Pues a la tercera va la vencida. ¡Le desnudan!

■

"Un Jurado norteamericano va a decidir cuál será el tipo de la mujer de moda este invierno."

Pues no cabe duda, una mujer de abrigo.

■

"Se organiza en Buenos Aires un concurso de invenciones."

Los norteamericanos se llevan el premio. Seguramente los yanquis batan el record de las invenciones.

■

En el teatro Pereda, de Santander, se ha estrenado una obra titulada "Sin gloria y sin amor".

Un diario montañés dice que hay muchas cosas peores que "sin gloria y sin amor".

Ya lo creo, "sin pesetas y sin público".

■

De "El Sol":

"Recogida de perros".

¡Remoneda! ¿Y por qué?

¿Ha rabiado la calderilla?

■

De un diario:

"Nunca más se celebrarán elecciones."

¿Que te crees tú eso!

■

Título de un telegrama:

"Una marcha penosa".

Nos suponemos cuál es.

La marcha de Cádiz.

COSAS RARAS

En un reciente banquete de la New England Society, en Nueva York—refiere "Outlook"—el gobernador de Massachusetts, Cox, narró el caso ocurrido a la esposa de un delegado a la asamblea de aquel Estado. Dicho delegado, que representaba a un colegio occidental del Estado, se trasladaba regularmente a Boston al principio de la semana y no volvía hasta le viernes para pasar el sábado en el seno de su familia. Tal costumbre no había sufrido interrupción jamás, por lo que la señora se sintió preocupada cierto viernes al no ver regresar a su marido. Claramente, habría pasado una mala noche si no hubiera logrado saber algo. Se acordó de que su marido mencionaba frecuentemente los nombres de cinco presonajes, miembros de la asamblea como él, con los cuales solía pasar el día mientras se hallaba en Boston. Los cinco personajes vivían en cinco distintos pueblos del Estado y la señora telegrafió a cada uno, esperando que por lo menos uno de ellos hubiese visto a su marido y pudiera darle algún informe. La misma noche, recibió de las cinco partes del Estado, cinco respuestas concebidas en estos términos: "Su marido está aquí pasando el sábado conmigo."

"Betove" es Michel Maurice Levy, y este Levy, es un originalísimo improvisador y compositor humorista francés. Se le ha llamado el clown musical y, verdaderamente, todo induce a considerarle como tal; hasta su cara, que si no fuese por las gafas, sería de un perfecto payaso, en el mejor y más artístico sentido de la palabra.

Aun cuando la personalidad de este músico sea doble, pues si es humorista, es también un ferviente wagneriano, con lo cual despista de la significación regocijante que presenta, en este caso y tratándose de la "Gran Semana Humorística", lo interesante en él, es su faceta humorística.

A título de curiosidad, diremos que ha sido director de orquesta en las "tournées" Mounet-Sully; de Isadora Duncan; de los teatros Antoine, Sarah Bernard, Remaisarica, Fémina, etc., etc.

Entre sus composiciones, figura "Les trois pantins de bois", que se representó e interpretó por Anna Paulowa, en el teatro de los Campos Eliseos de París.

Este notabilísimo artista, que es también un gran imitador de compositores célebres, dará dos conciertos durante la "Gran Semana Humorística".

La mujer es un adjetivo que necesita unirse al sustantivo hombre para significar algo.

El amor es un adverbio de tiempo con un complemento de término: el casamiento.

Los celos son frases incidentales en la oración o adoración.

Algunos sujetos del verbo amar, tratándose de casamiento, van en busca de la oración principal: la dote.

El verbo amar es el más irregular de todos, en él muchas mujeres olvidan los tiempos y las personas.

Muchos matrimonios se malogran por falta de un complemento: el automóvil.

Una jamona bien conservada es un pretérito perfecto.

Una vieja arrugada y pobre es un pretérito imperfecto.

Un galante presumido y tonto es un gerundio.

Un joven bello, de talento y con dinero, puede ser un futuro perfecto.

S'HA POSAT A LA VENDA
LA NOVEL·LA

D'EN LLUIS CAPDEVILA

Memòries d'un
llit de matrimoni

DEMANEU-LA A TOTES LES
LLIBRERIES I PRINCIPALS
QUIOSCOS DE CATALUNYA

Preu: 4 pessetes

Cuando decidimos fundar EL ESCANDALO, recordando un momento apasionante y cínico de la ciudad, contamos, sin decirlo, con la colaboración de Angel Samblancat. Esto quiere decir que estábamos seguros de que Angel Samblancat no nos dejaría en la picota y que el espíritu liberal de EL ESCANDALO estaba identificado con él y vice-versa.

No se concibe hoy en día un periódico liberal, un periódico de la calle, un periódico que sea algo de lo que es "La Lanterna" en su tiempo, sino que el nombre de Angel Samblancat vaya estampado en la primera plana del periódico; sin Angel Samblancat no hay emoción liberal, un instante de espiritualidad; un sentido del "demos", una verdadera concreción de los deseos de las mayorías.

Como todos los buenos escritores, es liberal. Sánchez Rojas, el gran prosista de las tierras pardas, ha afirmado recientemente en las planas de "El Liberal, de Madrid", que no puede ser buen escritor todo aquel que no sienta las palpitaciones sentimentales y románticas de su tiempo. Angel Samblancat no sólo las siente, sino que las representa.

En un año, Angel Samblancat nos ha ofrecido tres libros, tres libros que son tres monumentos nacionales: "Jesús atado a la columna", "Con el corazón extasiado" y éste que acaba de salir de las prensas: "La casa pillada". Es el título más emocionante que hemos leído para tratar de las cosas de presidio y de cárcel. "La casa pillada". Con el título delicado, suave y lleno de unción, hasta todo lo demás, de no ser de Samblancat, casi estamos por decir que nos sobra.

Es hoy, en la madurez de su producción, en la plenitud de su vida constructiva—todas las violencias de Angel Samblancat no son nada más que los cientos de la nueva vida que va produciéndose cada día—, nuestro joven más solidamente preparado para todo género de posiciones. Hecha a pulso su personalidad, es difícil que nadie logre arrebatársela.

He aquí algunos trozos de su libro. Un libro vibrante, lleno de emoción religiosa, con una alma definitiva y única.

EL ESCANDALO se honra ofreciendo a sus lectores esta doble plana del día de hoy y afirma su convicción el triunfo de Angel Samblancat. Los de esta casa tenemos infinitud de planes editoriales; algunos de ellos, cuando sean públicos, producirán una ensañación de vitalidad que no habrá igualado nadie. Pienso bien tanto que para la obra pasada como para la presente, como para la futura EL ESCANDALO contará siempre con la pluma de Angel Samblancat. De no tenerla, arrinconaríamos los planes.

En los galápagos

Quinta galería. Galería de distinguidos, de distinguidos criminales. A las diez se sacan de nuestro roblonismo, se arrancan de las profundidades de nuestro ensinamiento y ja pasear a los galápagos!

Un momento, el aire y la luz os entran en el pecho como un río.

Apenas abren las puertas de las celdas, el número 403 nos dice:

—Ya he derribado otro zeppelin. Sólo me quedan cuatro y ocho.

Los presos llaman zeppelines a los panes por su forma oblonga y cuentan por panes los días que les faltan para cumplir.

Dos docenas de panes o de zeppelines son veinticuatro días de penar y suspirar aún.

Mientras descendemos por la escalera a la planta baja de la galería, el 490, que, como de costumbre va con las narices tapadas, pestifera y despotica como de costumbre:

—Esto exhala hedor de matambre.

Y casi sin interrupción continúa:

—Esta casa huele peor que el Palacio de Justicia, que dice el juez del Hospital que hiede a pies podridos, a pies en corrupción, a mocos y a collitas. No sé como podéis resistir. Dejad de tener la pituitaria de bronce. Yo desearé que entré, estoy mareado; ¡Oh! No se necesita olfato de galgo y narices de tísico, para percibir todos esos malos tufo y otras emanaciones morales mucho más ofensivas. Esto es más sucio que los establos de Augias. En una vagueta se respiran aromas más puros.

Aunque nos sabemos ya de memoria el salmo, todos le damos al prelojante la razón.

Otros dos "santos penitentes"—el 487 y el 491—van dialogando, amigables:

—Lo peor es la explotación del preso, que considero una de las mayores infamias que los hombres cometen, para la que no hay rayos del cielo, y que los estúpidos y malvados dioses dejan sin castigar. Para ningún gran crimen hay castigo, hay sanción.

—Diez mil pesetas me ha pedido mi "defensor" para trabajarme el indulto y sacarme de presidio, adonde voy por su culpa. ¿Diez mil pesetas? Ya le mandaré memorias, expresiones para la familia, desde Ocaña. Con diez mil pesetas se compra a un Consejo de ministros, quiero ponerme sobre la frente la tibia pontificia.

—La justicia es una máquina que no marcha si no se engrasa. Se necesitan lubricantes, se necesita untar

EL NUEVO LIBRO DE ANGEL SAMBLANCAT

Momentos de emoción y de dolor que son el breviario de todos los que sufrieron y lloraron

(Con autorización expresa del ilustre autor de "Jesús atado a la columna" publicamos en párrafos de su nueva producción)

—¿Qué hace esta vez? ¿Cómo le va con este ganado? Aquí con un buen trancón, con una gruesa viga como los brazos de recia por todo reglamento, hasta.

—Sí, señor, si—contestó el inferior—, no hay argumento ni reglamento como ese, para esta canalla.

Cumpliendo el programa del secretario general, el vigilante, cuando la fila no es bastante derecha, la endereza a sablazos; y cuando algún preso se sale de la ringlera, lo incrusta en ella de una bofetada o con un bastonazo de punta en la boca del estómago.

En fila, con la rapada cabeza descubierta, con la libreta de pan debajo del sobaco y en la mano una fiamblera, una tartera de barro o un plato de metal, esperan los presos silenciosamente la ración.

Son cerca de cien y los hay de todas edades, de todos los pelajes y de todas las cataduras. Algunos van descalzos. Otros, sin camisa. Casi todos, sin afeitado y hasta sin lavar. Y con unas uñas, que para si quisieran muchas personas decentes.

Por la culera rota, por la pechera sin botones, enseñan matraqueles de vello, cueros sin adobar, pedazos de carne negra, de sollamado rosado.

Todos sonríen con sonrisa blanca, ostentan estigmas de degeneración, huellas de insanía o de idiotia.

Uno mira con ojos esquivos y torvos, que vagan constantemente por el suelo, como buscando algo que han perdido y no encuentran. Otro baja la cabeza con invencible desmayo, con terrible humillación. Otro tiene una palidez de Cristo crucificado. Otro luce unas patillas gitanas o veragüenas. A otro, comido y roído de tífia, parece que le han arrojado al pelo zarzadas de yeso o de cal.

Cuando la formación es perfecta, aparecen con aire militar, con soldadesco continente, unos monjes y los rancheros.

—Un, dos! ¡Un, dos!

La Hermana, seca como un ramal, osificada y caricaturesca, esgrime un cazo, como una tizona, como un garrote. Los rancheros llevan delante sucios y huelen a churre, a fritanga y a ranciencia.

A la legua se ve que no catan el fango infeccioso que anusan sus manos pedaceras.

Están muy gordos y colorados y son el blanco de las pulpas y la ojiería de sus clientes.

—¡Míralos, qué cebones.

—¡Claro! Se nos están mamando a nosotros.

—Les prueba, les prueba el salpicon.

—Ese más chaparrito no se quita el dedo de la nariz.

Luego lo meterá en el caldo, para ver cómo está de sal.

—Como no se rasque con el dedo en otra parte...

El rancho viene en jartesa, en cueros de lavar ropa, de pasar la colada o fregar los platos, en portadoras de esay que se usan para la vendimia.

El rancho es un pistrague extraño, una mixtura de garbanzos, judías, patatas y arroz. Por encima flota una capa roja y sangrienta de pimienta molido y navegan unos pedacitos de tocino a la deriva.

Los quincenos desfilan uno detrás de otro, alargando la sopera.

—Hermana, sea hermana, sea buena hermana para mí—parecen que desprecian, temblorosos—. Eleváse a la categoría de madre, por la ternura, por la caridad, por el amor.

A la exorada esta algarabía le suena a griego.

La monja, seca como una soga, hunde el cazo en el cuezco o en la tina, como en la sesera de alguno, como si confirmase a un hereje; revuelve la menestra, saca los raros garbanzos y judías que ha pescado y los vuelca en el plato de los presos.

A cada uno de éstos da un cazo de agua y otro de arroz. Cuando se le cae al suelo una patata, la coge y la tira en el caldero, sin molestarse siquiera en soplar la tierra que se le ha adherido.

Algunos, que comen en sociedad, que ensayan una especie de comunismo o sindicalismo rudimentario, pronto se riñen.

—Por cada cucharada que yo me llevo a la boca, engulles tú tres.

—Si es que como tú no tienes dientes, vas con una lentitud...

—No es que yo no tenga dientes. Es que tú no tienes vergüenza y juntas con el mío tu bien, para comerte el de los dos.

La cuestión acaba arrojándose los platos por la cabeza.

Uno, que ha apurado y rebafado la gamella ya, se reengancha y pide que le tiren la segunda edición.

La cual tiene el mismo éxito y es despachada con la misma prisca que la primera.

Otros le guñan el ojo a la monja para que les eche el tocino.

—Sí. Para ti se pinta. Eso es para quien le toca en suerte. A quien Dios se lo dé, San Pedro se lo bendiga.

—Si es que aquí hay trampa. Dios siempre se lo da a los misimis! Más justicia distributiva, Hermana!

La religiosa amenaza con el cazo al protestante:

—¿Que te confirmo!

—Lo dicho. Mucho tener a los cristos en los labios y luego a darle garrote en el corazón.

—¿Que te lo estampo en los hocicos! ¿Que te doy!

—Por el reyo yo a ti te... ¡Maldita sea la...!

Uno que tiene cara de enfermo, le advierte a la repartidora que no quiere más que líquido y ella se lo sirve.

—Todo lo que trago lo devuelvo, teñido en sangre y mezclado con pus. Hace un año que estoy defecando por la boca. Debo de tener un cáncer en el estómago.

Acabada la faena, la religiosa y los cocineros se retiran. Se van marciales y de tres en fondo como vinieron.

Los presos se sientan al sol y se atracan con tanta avidéz, que parece que con la cuchara se apunalan el rostro.

—¿Cómo os hincháis!—exclama el oficial.

—Parece mentira que sepa tan bueno lo que no se suada.

—Eso es cabalmente lo único que sabe bueno.

Los que no tienen con que llevárselo, que acompañarlo a la boca, se beben el rancho. Se abrevan en el plato con ansiedad.

Otros, a los dos bocados se detienen; se les ha parado el apetito, como un mulo que no quiere tirar de un carro. Otros cogen la bazofia y la precipitan en el zambullo. Hay quien consigue pasarla cerrando los ojos y soñando en el escape de "La Castellana" o en la carta del Ritz.

Los que consiguen este triunfo, a medida que terminan van fregando los platos y el cubierto en la fuente con mucha prosopopeya y filosofía.

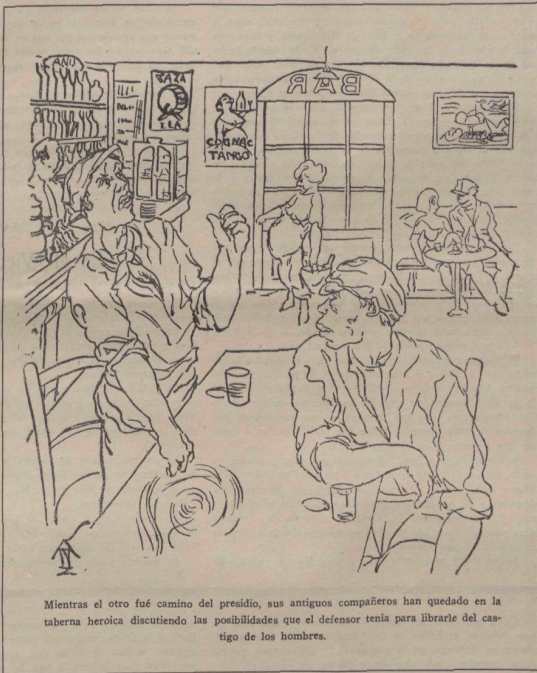
En realidad, el problema no está en meterse el tal cimento en el cuerpo, sino en sacarlo.

Al darlo luego a luz serán los apuros.

Ahí, ahí es donde tendrá Dios que padecer.

Los quincenos

La policía ha traído una cuerda de quincenarios: apaches franceses, pistoleros catalanes y golemia madrileña; tenebrosos de todas las marcas y de todas las latitudes; fauna cosmopolita, flora del distrito quinto, alimañas de las cuevas de Montjuich; parroquia de los garitos, de los patacos y las casas de dormir del Suburra barcelones.



—De cuando estaba en San Miguel de los Reyes comiendo pan aflictivo.

Al tomarle a uno de los recién llegados la filiación y preguntarle su gracia, su desgracia más bien, ha respondido que se llama "Manitas".

—¿Y de apellido?

—Manitas.

—Y el oficio ya se sabe: hacer ir las manitas ¿verdad?

—Ha añadido el empleado.

Otro de los nuevos huéspedes, en la misma diligencia, al preguntarle:

—¿Profesión?

Ha contestado sin cortadía:

—Sacerdote.

—¿Sacerdote? A usted le falta un hervor.

—No, señor, no. Estoy bien frito, quemado y negro por todos los costados.

—Pero, hombre, ¿me va a estar a hacer comulgar con discos de gramófono?

—Pregúntele al obispo de Traganópolis o Trajinópolis que me ordenó y que ma ha "desordenado" después y echado del gremio.

—Por algo habrá sido.

—Por nada malo. Porque, habiendo sido condenado a muerte un feligrés, que nació al cura de su pueblo, por birlarle la mujer, y negándose el prelado de la diócesis a solicitar el indulto, dijo este otro cura, indignado: "Ahorra me cargaba yo a cuarenta obispos".

—Se ve que tiene usted muy mal genio.

—¿Ca! Es que al sufragáneo no le paso de las varillas con la canal y el embudo que el gachó tiene!—Tampoco es el santo de mi devoción, no crea. Cuando se moría mi madre, me suplicó de rodillas que fuera a ver al obispo y a pedirle perdón. Le prometí que iría a verlo y fui. Pero fui o fui para decirle que en él y en todos sus mayores me hacía yo mayores.

—Yo no soy maledante. Me han detenido, porque la semana pasada no quise darle dos duros a un policía.

—Otra vez aquí! ¡Y no hace aún ocho días que he salido! Esto no es vida. Yo he de hacer una.

—Para la jaca. No te enciendas así. Esto hay que tomárselo con filosofía, crieme. De nada le valieron en la cruz los siete gritos a Cristo. ¿Para qué te quieres, pues, molestar? ¿Se va uno a hacer mala sangre inútilmente? Mira, para estar en la cárcel se necesitan tres cosas: calma, calma, calma. Un simpático muchacho, que desmonegaba a su suegra y que no cortó en suelas o bisticques a su suegro porque se lo quitaron de las manos, lo decía sentenciosamente: "En la cárcel no te tires de los pelos, porque te quedarás sin pelo y sin libertad".

—Oye, Tío, ¿por qué cojeas del derecho? ¿Es de un accidente de trabajo?

—Según cómo se mire. Verás. La primera vez que estuve preso, la cárcel me pesaba mucho. El universo entero ponderable me gravitaba sobre el cráneo y toda la columna atmosférica hacia presión sobre mis sienes. Un día, al fin, la libertad lució en la noche de mi alma como un sol. Ver franca la puerta de la gemonia, fue para mí como ver el cielo abierto. Eché a correr desahogado, sin acarbarme de vestir. Y era la carrera que emprendí tan loca, tan desahogada, que tropecé, me caí y me rompí una pierna.

—Déjame dos reales para comprarme tabaco.

—No te puedo prestar los dos reales, porque estoy "apré", pero puedo darte un par de pellicos de "compepidora", para que, de momento, te remedies y vayas pipando hasta que vengan mejores tiempos.

—Veo que eres hijo de tu padre, el buen ladrón que está en Caragüena y debiera estar a la derecha de Jesús, a la diestra de Dios Padre, de Dios todopoderoso.

—Hijo de mi padre! ¿Qué cosas tienes!

—No creas que he dicho una vulgaridad. ¡Conozco tan pocos que lo sean del suyo, que sean hijo de padre conocido! Da asco. Vivimos en la época del "filidpeutisme", como dice el "Nas de Pésol". Gritas "¡hi de tal!" en el Paseo de Colón y hasta las estatuas vuelven la cabeza, creyendo que las has llamado.

La piojera

Los piojos son uno de los más crueles azotes, una de las grandes plagas de la cárcel. Una plaga, que el mundo no conoció; un jinete que el extasiado de Patmos consignó en su Apocalipsis, aunque no sea menos terrible que el hambre, la guerra y la peste.

El piojo es el enemigo del preso. El otro enemigo. El primero son los hombres de ley. Es la bestia que le lebe la sangre, que le roe la carne, que le mata y le mortifica, que no le deja vivir.

Es el invasor invisible, la horda innumerable e inevitable.

Forma parte de la pena, de la condena. Estar un día en prisión es estar trescientos sesenta y cinco días en un mundo de tierra, ser todo ese tiempo clavado y devorado vivo.

—¿De qué conoces a ese?—le pregunta al "Lupia" su "consorte".

EL TABLADO DE ARLEQUIN

EDUARDO BLASCO

Se trata de celebrar un beneficio a favor de Eduardo Blasco, el empresario-caballero que ha muerto en medio de la mayor miseria. Eduardo Blasco, entre otras cosas, ha hecho una inmejorable en su vida, que es la de dar al Teatro Catalán la gloria de haberse podido estrenar "L'auca del senyor Esteve", de Santiago Rusiñol. ¿No recuerdan ustedes aquella gloriosa temporada del teatro Victoria? Pues bien, aquella temporada de éxito para todos fué el declive de la personalidad de Eduardo Blasco. De aquel teatro pasó a otros donde la fortuna no le acompañó.

Ahora hace justamente seis años que habiéndosele pedido a Santiago Rusiñol su opinión sobre el empresario Eduardo Blasco, escribió este artículo que reproducimos con expresa autorización del ilustre autor de "La mare", al cual queremos en esta casa como si fuese nuestro padre espiritual. Nos complacemos en publicarlo para ejemplo de empresarios actuales y futuros.

He aquí las frases que salieron de la pluma de Rusiñol al hablar del caballero-empresario:

Si mis compañeros de pluma supiesen que a estas horas me dispongo a escribir en "El Espectador" unas líneas hablando bien de un empresario, me tendrían por loco, primero, y me tirarían cruelmente de las barbas, después. Porque es cosa común entre nosotros, los autores, no ver jamás con buenos ojos a los empresarios, en cuyas manos caen nuestras obras. Y no nos falta razón en muchas ocasiones, pero en todo hay excepción, y así como entre los autores hay algunos—¡muchos!—que no lo han sido en su vida, a pesar de que estrenen obras, así también entre los empresarios se encuentra uno con algunos—¡pocos!—que no lo parecen.

Uno de estos poquísimos es Eduardo Blasco.

Blasco, como buen valenciano, tiene tres condiciones de primer orden para ser un hombre extraordinario: simpatía, vista y "empenta". No hay hombre que sin estas tres cosas juntas haga nada de provecho. Y lo célebre del caso es que separadas o unidas a medias resultan contraproducentes. Yo esto lo tengo muy observado en lo largo de mi vida por los escenarios. Conoció a un empresario en París que creía de buena fe que con sus sonrisas, sus palmaditas en el hombro a los periodistas y sus paquetes de bombones a las señoras era un águila del negocio, y, naturalmente, como no se ocupaba más que de agradar, no se daba cuenta de lo que ocurría a sus espaldas, y entre cómicos y autores lo reventaron.

Recuerdo también que en mi viaje al Plata tropecé con un famosísimo empresario que sobre la borda del buque y mirando al mar me contaba sus proyectos para su llegada a Buenos Aires. Eran verdaderamente colosales. De llevarse a cabo, aquel hombre hubiese vuelto a España con un barco de casco de oro y un brillante en cada mirilla de camarote. Pero llegamos allí y a poco supe la bancarrota del pobre hombre. Sus proyectos no pasaban de ser imágenes, no se transformaron en realidad. Todos eran factibles; todos estaban muy bien vistos y muy bien planeados, pero su autor le faltaba empuje.

Eduardo Blasco, con su eterna sonrisa de "cazorro" sus pelos hacia atrás y sus fastuosas sortijas que le cogen falanges enteras, es un tipo muy digno de estudio. Para el observador tiene Blasco en su persona tres cosas de interés: el acento valenciano, el puro que masca continuamente y la punta de sus botas.

Cuando el que habla con él es o muy íntimo o muy pelma —hay que aguantar a cada individuo de telón adentro!—Blasco

co intercala voces valencianas en su conversación y aprieta de firme el acento sobre las agudas. Si tiene un disgusto o el negocio va mal, el puro sufre el suplicio de unas mascaradas horripilantes y el dedo gordo de su mano izquierda se tiñe a chorros de nicotina. Y cuando le ponen las circunstancias de la conversación en un callejón sin salida, apoya un brazo en el buró y el otro en el respaldo de su silla y se dedica a examinar las puntas de sus zapatos, como si tuviese necesidad de calmarlos para que no salgan disparados contra el que le puso en el aprieto.

Es un gran hombre este Blasco.

Por encima de toda su mucha simpatía natural y por encima de una educación correcta, cosa no muy frecuente entre los empresarios (ya ven ustedes como de cuando en cuando aparece el autor), tiene Eduardo Blasco la poderosa influencia de su imaginación fantástica, pero se da el curioso caso de que es un soñador que realiza todos sus sueños. Yo no he visto nunca un caso igual.

Un buen día Blasco cogió un puñado de tierra inculca y la puso sobre la palma de su mano: de ahí nació el Teatro Goya, que se debe pura y exclusivamente a la voluntad de hierro, al tesón infinito, a la valía personal y al talento de Blasco. Sin él el Goya no habría visto jamás desfilar por sus tablas a Borrás, a la Bárcena, a Thuillier, a Calvo, a María Palou, a Vilches, a todas las grandes figuras del teatro contemporáneo.

Otro día Blasco arrienda la Plaza de Toros Antigua, que es un corralón para el que todo negocio es torcido, porque la gente no se incomoda en ir hasta la Barceloneta, y tiene este buen hombre hasta la suerte de que el "Gallo" quede mejor que nunca toreando, banderilleando y ¡agarrárselo hasta matando. En cuanto se va de la plaza de Blasco, el torero calvo no da pie con bola ni estoque con toro. Léase la Prensa.

Ahora Eduardo Blasco se prepara para una campaña en América. Éxito seguro. Y éxito, porque aparte de que lleva a la Habana una excelente compañía de ópera, va él con ella y yendo él lleva la compañía el amuleto milagroso. Blasco se ha hecho una serie de trajes atontadores, ha cargado sus baúles de calcetines de seda, de camisas deslumbrantes y de puros para el viaje. Alguien dice que en los zapatos ha tenido un cuidado especial para que las puntas sean lo más chatas posible; otros afirman que se va a quedar con todos los teatros de Cuba.

Todo lo creo muy posible, porque hace mucho tiempo que lo conozco y sé que puede dar de sí mucho más de lo que él mismo se figura, porque Blasco es un hombre representativo.

Una vez estábamos en un saloncillo varios amigos. Uno de ellos, bajo, rechoncho, con ojos inquietos y manos gordezuelas, nos contaba que formaba parte de una sociedad católica y como alguno se riese, protestó airado.

—¿Y por qué no puedo yo ser clerical?

Su misma interrogación le condenó. Era el orgullo, la rebeldía, que le salió a la cara, protestando de su hipócrita afirmación. Nuestro amigo no podía ser clerical por su empaque de jacobino arrastrando una de las famosas carretas de la libertad; por sus ojos casi insultantes, por sus manos gordezuelas de uñas fuertes y aplanadas, más propicias a degollar que a juntarse en oración mística.

A Blasco le pasa igual. Aunque él no quiera, aunque no pueda, aunque se cubra de millones y se vea libre del trabajo, Blasco será siempre el empresario-águila, el hombre listo, simpático y de empuje, que otea el negocio, que lo adivina y que si las circunstancias de la vida le arruinan, de su misma ruina cogerá un puñado y, sobre su mano, volvería a elevarse un palacio de prosperidad.

Es inútil que se empeñe en otra cosa. En una reunión del

Club Guerrita de Córdoba, yo oí hablar del "sino". Algo escribí de aquella reunión en "España", de Madrid; pero hoy quiero recordar aquí que aquel fatalismo audaz, hijo legítimo de los moros, ha sido siempre un buen amigo mío. Pero sobre todas las trivialidades de la vida, por encima de sus grandes ironías, que no son más que el comentario a las flaquezas humanas, late siempre un gran espíritu de superioridad, que es el fatalismo.

Los hombres van dando vueltas alrededor de su destino, de su "sino", hasta que fatalmente caen en él. Y así muchas veces muere en el mar el campesino que jamás soñó co nel agua, y a un analfabeto le aplauden una obra en que gallea de culto.

Eduardo Blasco va a la Habana y allí como aquí, como en Madrid, donde ha asombrado con sus empresas de Lara y el Retiro, triunfará porque ha nacido para eso, porque lo sabe hacer y bien y porque hoy es el mejor empresario que tenemos en España.

Yo puedo hablar por experiencia porque me ha puesto en escena varias obras. Nunca tuve que pedirle nada. El se adelantó a mis más pequeñas experiencias de autor impertinente que le gusta la escena cuidada. ¡Y eso es raro!

Además Blasco es un caballero—también es algo raro esto—y se puede tratar con él. Hay empresarios que es necesario colocar en sus escenarios una argolla incrustada en la pared, como en las puertas de los cuartos, para cuando cocean.

Yo estoy seguro que desde Cuba nos van a escribir cosas estupendas de Blasco y que el público de allí se va a preguntar con asombro el por qué no fué este hombre antes por allí. Con tanto indio como ha ido llamándose empresario español, no faltándole más que el taparrabos y unas plumitas en la frente...

Y hasta ya de hablar de Blasco. No sé si he dibujado su silueta. Muchas veces los que escribimos y pintamos, lo mismo en la cuartilla que en el lienzo, queremos delinear y marcarlos o viceversa.

Lo que yo he querido decir es que Eduardo Blasco es un hombre extraordinario que va de éxito en éxito por sus excepcionales condiciones, por sus dotes personales y sobre todo porque se lo merece.

¡Y cuando lo dice un autor!...

SANTIAGO RUSIÑOL.

En el "Victoria"

LA BATALLA DE LACUESTA

El viernes pasado se entabló en el teatro Victoria una encarnizada batalla entre el público y la compañía del Victoria.

La cosa fué porque la compañía capitaneada por Pepe Gilbert estrenó una obra titulada "Las mujeres de Lacuesta" de gran éxito en el teatro Martín, y que venía precedida de una peligrosa "reclame".

La batalla fué dura y en ella se registraron varias bajas, entre ellas la de los señores Pajo (hijo) y Loygorri, que cayeron bajo el plomo enemigo, faltos de ingenio para defenderse y sobrados de mal gusto, que les quitaba razón para defenderse.

El público rechazó los chistes malos y groseros que tiene la obra y acogió con benevolencia la vetustez de su trama, y en ocasiones se hizo dueño del campo, y amenazando con dominar a su enemigo.

Pero éste, con las armas de una presentación espléndida, de una interpretación inmejorable y de una música a la que había que rendirse, acabó por ganar la batalla.

El maestro Guerrero puede apuntarse el tanto y buscar

(Final de la pág. central.)

El piojo es el parásito repugnante, el bicho asqueroso que no se nombra nunca.

Los pobres le llaman miseria, porque es la expresión más gráfica y torturante de ésta.

Los presos que son el rigor de las desdichas la suma y compendio de todas las calamidades, no iban a estar libres de esa calamidad.

Por las tardes, cuando salen a paseo, los contemplo yo desde la galería de Políticos.

Al romper filas, unos estregan con tierra sus cucharas de palo y sus platos de metal; otros se remangan el brazo o el pantalón y sacan al sol granos, sarnas y males increíbles; otros se tumban en el suelo y se rascan y se despiojan con el peine o con los dedos.

A los cinco minutos de limpieza, están con las manos rojas: la sangre de la manzanza les llega al cuello. El ruido que hacen las infames bestias, al ser chafadas, al reventar entre las uñas, se oye desde los quintos pisos.

Un espectáculo erizador. Un espectáculo, que pone la lana del pescuezo de punta y que escalofría la canal de la espalda.

El patio de la primera galería parece, en esos momentos, una plaza de arrabal, un rincón de judería, de morenía o de gitanería, un "hall" de lazareto.

Cada preso es un corral o un campo, una dehesa en que paca una ganadería.

Cada uno de esos cuerpos miserables, cada una de esas cabezas greñudas es una pradera en la que hormiguean las liendres, en la que patean alicánkanos gordos como rectores, panzudos como sapos.

A algunos infelices las colonias parásitas les forman bultos tremendos en la cabeza. Otros tienen los huesos comidos: toda su pelambre, todo su cráneo es un criadero y llevan como un casco negro de mugre, de alimafias y de sangre seca sobre las sienes.

La mayor parte están familiarizados con tal fauna.

Durante el recreo juegan con los atroces huéspedes. Toman un par de ellos, los ponen sobre un ladrillo y apuestan sobre el que ha de llegar primero desde igual distancia a una raya trazada entre los dos.

Hay quien hace colección y guarda una docena de ejemplares magníficos de peso y tamaño, para presentarlos al primer concurso.

Un misántropo educa uno con especial esmero y asegura que ya sabe saludar, coitear a las tapadas, vivir de la hembra, escribir con los pies y poco menos que explicar filosofía como un hombrecito. Cuando lo embroman con su extraño discípulo, alega:

—Es un hijo de mis entrañas y le estoy dando carrera.

Los presos no se bañan, si no es en sus lágrimas, en la sangre y el sudor de su agonía. No se mudan de ropa. Los rasuran de dos en dos semanas y los esquilan de tres en tres meses. No se remojan la cara apenas, porque el

agua va escasa o falta de muchas celdas totalmente. Para lavarse la única camisa que poseen, se la han de quitar de encima, la han de rociar con agua del botijo, que luego necesitan para beber; la han de tender en el suelo y se han de estar desnudos y sin paseo hasta que se seca.

Así no es extraño que los piojos hagan presa en ellos: no es extraño que se ceben en su carne y no los dejen dormir.

Los llevan en la mollera, en el pubis, no por docenas, sino por centenares, por millares, por millones.

Tienen lleno el petate, las costuras, la lencería, la celda. Pululan hasta en el pan, hasta en el rancho.

Saltan o vuelan de unas cabezas a otras, como los gorriones de un tejado a otro tejado.

Van del andrajó del preso al galón del empleado, de la chola del quinceno a la jeta del director.

La cárcel es una inmensa piojera, una gusanera, una enorme náusea.

En los lavaderos se ven negros para limpiar las mantas y las ropas. Las pueblan enjambres infinitos que abren en las brechas grandes, que hacen en su tejido destrozos y lo muerden como perros.

—No basta fumigar las mudas—me dicen en esa dependencia—. Hay que hervirlas y aun así no quedan limpias. Para acabar con esa plaga habría que escaldar las piedras de la cárcel, habría que hervir también a todos los presos.

EL TABLADO DE ARLEQUIN

mejores compañeros para otras batallas, si no quiere verse en peligro de muerte.

La interpretación ya decimos que es colosal.

Obra de discusión, está llevando y llevará mucha gente al Victoria.

En el "Policrama"

LA COMPANIA "ALMA"

Nos extraña que una empresa como la del Poliorama, a cuyo frente figura el nombre de Yáñez, se haya atrevido a presentar un espectáculo de la categoría de "Alma", formada por ilustres desconocidos y que representan unas cosas sin pías ni cabeza...

Para el Circo Barcelonés o el Principal de Gracia, o para Mollerusa, eso del "Alma" no está mal del todo.

Pero en el Poliorama eso del "Alma", es para rompersela...

De todos y para todos

¿A que no saben ustedes quién piensa estrenar una comedia en seis actos y en verso?

José María López-Picó.

Y como que las desgracias nunca vienen solas es muy posible que también quiera estrenar Cristófor de Domenech.

¿A que no saben cuántas comedias tienen en los archivos del Español para estrenar?

Según nos ha dicho Pepe Santpere, suman doscientas diez y ocho.

De éstas, hay veinticuatro de aquel desdichado autor de "La Paula en té unes mitges".

Anita Conti, que es una de nuestras segundas tiples que viste mejor y con gusto exquisito, está entrenándose para conseguir el campeonato de jóvenes espigadas.

Si se da tan mala vida, como hasta ahora, va a conseguir ganar sobre Felisa Herrero, que detenta el título de campeona.

Felipe Sassone vuelve. Y, claro está, María Palou. Y, claro está, los disgustos y los sinsabores. Y, claro está, las comedias acarameladas y excesivamente tiernas del colaborador de "A B C".

Nuestro buen amigo, Manuel Sugrañes, ha llegado ya a tierras de Méjico. Desembarcó como Cristóbal Colón y puso una cruz en la tierra. Desembarcó como Hernán Cortés, y mandó quemar las naves, repitiendo la frase histórica. Por tanto, la gloria le va a acompañar. Pocas veces ha atravesado el Océano una "troupe" artística con el prestigio y la adhesión popular de la compañía de Manuel Sugrañes. Este, va dispuesto a conquistar el corazón de los públicos de Centro-América, y de devolvernos a los artistas que con él fueron cargados de gloria y de plata.

Manuel Sugrañes, ya en pleno escaló ascensional, volverá convertido en un nabab, en un príncipe de ensueño. Así seguiremos manteniendo el prestigio de la raza que no se extingue, raza de aventureros geniales y nobles; raza de conquistadores que lo mismo en Oriente que en Occidente triunfan sobre los mediocres y sobre los pechos oprimidos de los que no se atreven a las grandes empresas teatrales.

En el Barcelona ha debutado la compañía de Ladrón de Guevara-Rivellas. La compañía de Ladrón no es ninguna banda de foragidos. Antes al contrario, no está mal; es discreta, ágil, perfecta.

De todas maneras no son santos de nuestra devoción. Tienen un empaque excesivo. Huelen demasiado a teatro de la Princesa. No sabemos por qué, pero todos los que han trabajado con doña María Guerrero, han salido perjudicados en el amaneramiento del gesto y el tonillo de la voz. Y sentimos que no nos simpatizan porque son jóvenes y pueden hacer cosas. Claro está que no las pueden realizar estrenando cosas de Paco Viuy Mayral. Esto de salir "a provincias" para estrenar comedias de críticos de Madrid que les van a preparar la entrada en la corte, ya no es de nuestra época. Aquí en Barcelona tenemos una porción de autores que no pueden ni codearse, por temor a perder categoría, con determinados críticos que ponen cerco a todas las producciones provincianas.

Poal-Aregall tiene terminadas unas cuantas comedias. Aquí ya no hace falta un hombre. Hacen falta ocho compañías para estrenarlas.

Y luego dicen que son pocas tres compañías de teatro catalán!

Gibert, el popular empresario del Victoria, va a reponer la conocida obra "Aquí hace farta un hombre".

Nos parece muy bien. Mejor que una porción de majaderías que representan por ahí.

Y, además, podrían reponerse otras zarzuelas, gloria del género lírico nacional, como, por ejemplo, "Los guapos", "El

pobre Valbuena", "La alegría del batallón", "El cabo primero", "Carceleras", etc., etc.

Al desembarcar Jaime Planas en Veracruz, se nos asegura que ya hubo disgustos entre las familias de la población.

Las mujeres mejicanas le hicieron un gran recibimiento. Nuestro "Rodolfo Valentino" local es capaz de regresar casado con una rica mejicana, con una colección de loros y unos cuantos miles de dólares.

Todo es posible en la vida.

Mary Isaura sigue haciendo "bolos" por ahí, con mucho éxito.

La niña nos ha salido gallega y romántica.

Tenemos noticias de Felisa Herrero. Sin temor a que se nos desautorice o rectifique, podemos asegurar que no ha adelgazado desde hace dos semanas.

Manolo Fernández se complace en traer y llevar chismes graciosos e inocentes que divierten a los que los escuchan, pero que no dañan a nadie porque el humorismo sano de Manolo no sangra.

Ahora se propone que Angel Marsá y el bajo Beut se peguen en plena Rambla, y va a conseguirlo.

Por de pronto, todas las humoradas que aparecen en EL ESCANDALO bromeando sobre Beut, le dice a éste que las ha escrito Marsá. Por ello ya ha tenido dos incidentes. Ahora se nos dice que cuando Beut fué a encontrar a Manolo para que lo contratase para América, Manolo le contestó:

—En América quieren un bajo bueno.

Y Beut se enfadó.

Pero la última, la última tiene más gracia divina que el santoral.

¿Saben ustedes qué dice Manolo de Beut? Claro está que no es verdad. Pues, bien; que va con doce cincuenta a la Zarzuela.

Y en el "Boer" se lo creen.

El señor Loygorri es valenciano. Además, es uno de los autores de "Las mujeres de Lacuesta". Cuando el público del Victoria no lo quería dejar hablar, porque si la música está bien, el libro no lo está mucho, el señor Loygorri, dijo:

—Cuando vengo a Barcelona me parece que vengo a casa de un hermano mayor...

¿No cree, señor Loygorri, excesivo autoelogio creerse hermano menor de una ciudad con un millón de habitantes?

Lolita Arellano está cada día más guapa, más brava, más ligera y... más solicitada.

Uno de nuestros colaboradores la estuvo ayudando a vestirse el día del estreno de "Las mujeres...". Era una biosa varonil. Cuidado, Lolita. Hay niños que son peligrosos.

Ha debutado en el Goya el señor Porredón. No ha habido desgracias personales que lamentar.

Federico Caballé va a Eldorado. Celebraremos que se queden en el dorado.

En la cartelera del teatro Español vimos un bando declarando el estado de guerra.

¿A qué arma pertenecerá Santpere?

Alejandro Nolla ha entrado a formar parte de la compañía del Español.

No faltaba más que Nolla, en aquella casa donde todo es formalidad.

La temporada del Victoria marcha viento en popa. La compañía es excelente y las obras salen muy bien. Decididamente, Gibert es un "hacha".

"Gometes", el primer actor del Victoria, se ha metido en el bolsillo al público del Paralelo.

Ya tenemos otro "as" en la baraja.

¡Hagan juego, señores!

La otra noche, asistiendo a un ensayo de "Las mujeres de Lacuesta", charlamos con Marcos Redondo, el gran cantante y enorme fotógrafo.

¿Ustedes no sabían que Redondo es un gran fotógrafo?

Pues, sí. Un amigo nuestro le ha dado ya la mar de golpes a un retrato que le hizo Redondo, por eso, porque lo hizo redondo.

Los periódicos de Madrid dicen en broma y los de Barcelona reproducen en serio que Paco Torres es un "acaudalado autor".

Suponemos que el primer sorprendido con que lo digan en serio, será el interesado.

Velasco, desde Salamanca y Zamora, vendrá a Barcelona, pero para embarcar con rumbo a América.

Es una prudente medida.

El tenor Palet ha venido desde Italia para cantar "Marina" en Granollers.

Así está de hueco Fontdevila por haber nacido en una ciudad tan importante.

Según dijimos, el empresario del Tivoli, Mariano Serrano, obsequió a los autores, críticos y amigos a una cena para darles cuenta de sus planes.

Y Luis Angulo, que es el único para arreglar... digestiones, puso el mingo explicando los planes por escrito.

Las películas de Rodolfo Valentino están de moda. Los empresarios de "cine" se han reservado el modesto papel de cuervos.

La revista "Joy-Joy" llega el sábado a las 50 representaciones en pleno éxito.

Ya se podía ir tranquilo Sugrañes a América. Sabía muy bien lo que dejaba en el cartel del Cómic.

Sagi Barba ha tenido un triunfo formidable cantando "Las golondrinas" en Novedades, de Madrid.

Es un tío con toda la Barba.

Representan en el Goya "La alegría de vivir". A la empresa le parece un sarcasmo el tituló.

Menos mal, que después de "La alegría de vivir" han puesto en el cartel "El infierno".

Eso está más puesto en razón.

Y hablando del Goya. El primer estreno es el de una comedia de un crítico de Madrid.

Que por cierto se llama Silva.

Sin comentarios.

En el Cómic ha debutado una simpática criatura, Pochola, hija de Rosita Rodrigo.

La niña es una artista prodigiosa, que, cuando se suelte, será algo muy serio.

"De tal palo, etc..."

Ha muerto Hennequin, el gran vodevilista francés.

Para los traductores de vodevil se ha secado una fuente, de la que han bebido muchos años.

Y de la que han comido.

Hechos que tal vez no conozca acerca de Harold Lloyd

¿Sabe usted que:

El nombre propio de Harold es Clayton?

¿Que una moneda tirada a cara o cruz decidió la carrera cinematográfica del gran actor?

¿Que las gafas que usa en la escena no tienen cristal?

¿Qué Harold es un muchacho serio y comedido en la vida privada?

¿Que es palmista, adivina el pensamiento, echa las cartas y es un magnífico acróbata?

¿Que cree que la sinceridad es el primer elemento para conquistar el éxito?

¿Que su pasión predominante es el baile?

¿Que se ruboriza muy fácilmente?

¿Que es extremadamente modesto?

¿Que en el estudio todos lo tratan como a un príncipe, pues jamás se apropia el mérito de otros?

¿Que es muy difícil reconocerlo sin gafas?

¿Que hubo un tiempo en que vendía palomillas de maíz en la calle, representaba papeles secundarios en un teatro, iba a la escuela de segunda enseñanza y daba lecciones de baile en una escuela, todo en un solo día?

¿Que dejó de trabajar como "extra en una compañía de películas porque le rebajaron el sueldo de 5 duros que ganaba a 3 duros?

¿Que hace ejercicio de cultura física diariamente, lee mucho, trabaja mucho y aún le queda tiempo para descansar?

¿Que el sombrero de este artista tiene el mismo tamaño hoy que hace varios años, lo que quiere decir que no le creció la cabeza?

Els menús més deliciosos són els del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :: Café - Bar - Restaurant

Antonio López, Impresor :: Olmo, 8, Barcelona

EL ESCANDALO

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Olmo, 8

BARCELONA

"La casa pálida"

El libro de las andanzas de Samblancat por las prisiones

Angel Samblancat acaba de publicar una nueva obra: «La casa pálida». Es el libro de sus prisiones, de las observaciones recogidas y las emociones experimentadas por el autor en la cárcel. «La casa pálida» lleva el siguiente epílogo de Vidal y Planas, que nos complacemos en reproducir:

SAMBLANCAT

▲ MODO DE EPILOGO PARA SU NUEVA OBRA "LA CASA PALIDA"

I

INTROITUM

Yo dije que mi corazón era una rosa de llamas, una bella y terrible rosa, que me quemaba vivo. Y dije también que yo me pasaba la vida tosiendo desgarradoramente, como un espiritual tísico extraño, porque quería escupir mi rosa. A veces conseguía echar fuera uno de sus igneos pétalos. Estos pétalos de mi tremenda rosa de fuego parecían libros, y se llamaban: "Santa Isabel de Ceres", "La Papelón", "Los Gorriones del Prado", "Cielo y Fango", "A Hombros de la Adversidad", etc., etc.

Y entonces todos decían: "¡Bah!... Son novelas, son dramas, son palabras, más palabras..."

Pero tú, Angel Samblancat, tú, gran Angel Samblancat, que no tienes, como los otros, la inteligencia en la absurda y antipática "mollera", sino en el fondo del tabernáculo de raso rojo, que es el corazón, tú, comprensivo y cordial Samblancat, aseguraba siempre: "¡No son libros; son pétalos de su bella y terrible rosa!"

Pero ahora me acerco al altar de tu nuevo libro, al ara de tu "Casa Pálida", con el corazón entre mis manos.

Y te digo: "¡Mi corazón no es una rosa de llamas, sino una bolsa de rojo damasco, llena de abrazos de gratitud para ti!"

Y, como quien saca una moneda de oro, yo saco uno de esos brazos y lo deposito aquí, sobre tu obra última, para que sirva de epílogo.

II

ANGEL

Los ángeles han vuelto a rebelarse contra Dios, como en los bellos y radiantes tiempos de Luzbel...

Pero, en esta segunda rebelión angelica, la victoria divina no sólo es fulminante, sino que ni siquiera es probable, afortunadamente; y la lucha es como un magnífico y voraz incendio, que hubiese prendido en los largos mantos de las centurias. Si bien esta vez los ángeles tienen razón:

Porque los ángeles, que se han alzado contra la siniestra divinidad del dolor, que llena, como es sabido, el imperio del mundo, no son "in illo tempore", los ángeles malos, sino que son, precisamente, los ángeles mejores.

Estos nuevos ángeles, en eterna y gloriosa rebeldía contra la tiránica omnipotencia de un dios ilegítimo, al que pretenden destronar, llevan en vez de alas así como un globo, pequeño al parecer, pero de una gran potencia; y a él se abrazan para elevarse y poder atacar las altas fortalezas ideológicas y espirituales del dios ilegítimo, construidas sobre montañas pavorosas de encumbradas tinieblas...

Y estos ángeles extraordinarios y razonables son simplemente los hombres buenos. Los heroicos, abnegados y dulces soñadores, los santos y bellos paladines de las más nobles causas de la pobre Humanidad doliente, despojada, ultrajada, encadenada, sometida a eterna y horrorosa esclavitud.

Son los Jesús, los Espartaco, los Sócrates, los Francisco de Asís...

Son los redentores, que, abrazados a su propio corazón como a un globo de tela ignea, o como de bengalas, suben y suben hasta las más distantes alturas ideológicas y espirituales, para guerrear allí contra las negras y temibles huestes del falso dios ilegítimo, que ha abandonado el imperio del mundo en manos del Dolor.

Son los que luchan incesante y valerosamente, en el escenario de la Historia de la Humanidad, por derribar de su trono al dios falso, enemigo de los hombres y de las criaturas, y por entronizar en él al DIOS verdadero, al "único divino" DIOS de la Felicidad Universal, cuya gloria ha de brillar sobre todas las almas como un milagroso y esplendoroso mediodía.

Y uno de estos ángeles modernos es Angel, el gran Angel Samblancat...

III

SU OBRA

Angel Samblancat ha publicado media docena de libros, y otra media docena de centenares de artículos en revistas y en periódicos y diarios.

Cada uno de estos seiscientos artículos ha sido como un espadazo en el pecho del monstruo; y cada uno de esos seis libros, como una batalla feroz, como un cuerpo a cuerpo contra él.

Pero el dios ilegítimo es fuerte. Y, en la lucha, titánica, verdaderamente angelica, Angel Samblancat, el más infatigable y valiente de los ángeles modernos, ha caído cien veces...

Pero los ángeles ya no caen en los profundos infiernos, que la ciencia ha cerrado, y que no son horribles porque el arte los ha embellecido: (leed a Virgilio; leed al Dante)... Hoy caen los ángeles en otros infiernos, verdaderamente verdaderos y verdaderamente horribles: estos infiernos son las cárceles. Samblancat ha estado en casi todas ellas.

Y esta obra, esta "Casa Pálida", no es más que el dolor allí recogido.

Pero no su dolor, sino el de los otros, el de las víctimas sepultadas en los nichos de sus muros.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

Barcelona, 23 agosto de 1926.

Las "fiestas mayores" y el "charleston"

No sólo Barcelona, Cataluña entera, es una fiesta mayor: un entoldado, una orquesta en la que sobresale la estridencia aguda de un cornetín, unas parejas que danzan incansables, unos kilómetros de peralinas, gallardetes, farolillos de colores. La fiesta mayor en Cataluña, como se enraiza con el alma de la juventud, tiene eternamente un grato sabor juvenil, que infunde alegría, contento, optimismo. Cierzo: se baila en el entoldado. Pero la algarazara sale del recinto consagrado a la danza, se desparrama por todo el pueblo, se esparce con una fuerza de difusión incontenible y se confunde con el bullicio de la fiesta mayor del pueblo vecino. Y así, en este mes de agosto, que fine, todo Cataluña es una fiesta mayor.

Hay quien se dedica a recorrer los pueblos en esta época de fiestas mayores. Hay quien comenzó a bailar en Badalona y ha recorrido, de pueblo en pueblo, todo Cataluña, bailando sin cesar, sin cambiar más que de entoldado y de pareja. La ciudad tiene un injusto desdén para estos excursionistas festivos, y mientras recibe jubilosos a ciclistas que acaban de dar la vuelta a Cataluña pedaleando, deja llegar en silencio a los profesionales de las fiestas mayores, que han recorrido, danzando, toda Cataluña. ¿Por qué no establecer un nuevo campeonato? ¿Por qué no otorgar una copa? ¿Por qué no designar un jurado competente? ¿Es que no merece atención tamaño esfuerzo?

Yo estoy seguro de que Manolo Fontdevila, el redactor-jefe de "El Liberal" de Madrid, abunda en mi idea. El no sale de Madrid más que por dos poderosos motivos. O va a Ginebra para asistir a la reunión de la Oficina Internacional del Trabajo, o a Granollers, su pueblo natal, con motivo de la fiesta mayor.

Quien no conoce las fiestas mayores de los pueblos de Cataluña, no puede explicarse su encanto irresistible, el poder de atracción que ejercen. Barcelona misma, con todo su afán modernizante y cosmopolita, no puede sustraerse a su influencia y celebra no una, sino varias fiestas mayores, una en cada barrio, que si son una supervivencia pueblerina, ponen una encantadora nota de alegría en la ciudad.

Todos los barrios de Barcelona conservan el carácter pueblerino, auténtico, de su fiesta mayor. Únicamente Gracia rompe con las normas tradicionales, exagerando el lujo y el modernismo en los entoldados, mercantilizándolos, convirtiéndolos en "salones de baile", con pretensiones. Pero, ni aun así, le es posible desligarse del espíritu rural que la fiesta mayor contiene en sí. Porque una disposición nacida, no sabemos dónde, ha venido a negar la modernidad de que alardean los "festeros" de Gracia. En los bailes de la simpática barriada que tiene por arteria principal la calle de Salmerón, se prohibió bailar la danza ultra-moderna, el baile de moda, la última palabra del arte coreográfico: el "charleston". No hay manera de desvirtuar el verdadero carácter de las "fiestas mayores", que es rural, pueblerino, y como tal, sometido a normas de tradición. La "fiesta mayor" de más moderno espíritu, la más propicia a innovaciones, la más susceptible de cambios en su estructura, rechaza el "charleston". No lo puede asimilar, no puede digerirlo. Y es mejor que así sea. El día que pierda su carácter auténtico, no sólo habrá perdido su mayor encanto, sino que estará en peligro de desaparecer.

ANDRES HURTADO.

Una seria amenaza

Va a comenzar la temporada futbolística

Nuestra tranquilidad ha venido a sufrir una lamentable perturbación. En esta playa de moda, el veraneo había hecho que olvidáramos, a trueque de mil agradables frivolidades, la existencia de una verdadera plaga nacional. Desde hace un par de meses, no se habla en los cafés y en las tertulias, en el todo de la playa o en el paseo, de otra cosa que de las corridas de toros. A lo más, se charla unos instantes de teatros y se murmuran a los oídos de cada vecino, rumores políticos, cuya consistencia, en la mayor parte de los casos, es menos fuerte que el deseo de quien los lanza.

Todos estos temas no dejan de ser agradables y entretenidos. Que si "Chicuelo" se casa; que si Villalta tiene cada vez más miedo; que si Rafael "el Gallo" es, o no es supersticioso; que si "Azorín" ha escrito su obra cumbre para el teatro; que si este verano no ha habido en San Sebastián más autor afortunado que los Quintero.

Conversaciones, como se ve, absolutamente banales, que no provocan el menor comentario, ni el menor apasionamiento trascendental.

De pronto, cuando nuestra tranquilidad era completa, nos sorprende el recuerdo de algo eminentemente desagradable. Es señores míos, que se acerca la temporada de fútbol. ¿Conciben ustedes algo más espantoso que la temporada de fútbol en España? El aficionado a toros, por apasionado que sea, tiene momentos de raciocinio. Permite que se discuta a "su torero". Busca, a lo más, disculpas en el toro, o a una tarde desgraciada.

El aficionado a fútbol, no. Exige que nos apasionemos por su club o por su equipo. Cuando tienen un triunfo, tenemos que sumarnos al júbilo estruendoso que ellos expresan. Si pierden, tenemos que callar en un silencio de dolor.

Además, el fútbol va vinculado al honor local, regional o nacional. Los pueblos se enredan y enzarzan contra los pueblos. Las regiones se enfrentan con las regiones, y la pasión se adueña de todos.

En el circo taurino son los hombres quienes gritan sus denuestos contra el lidiador desafortunado. Las mujeres permanecen impasibles y si alguna vez gritan, es una exclamación de horror, cuando ven en peligro a un lidiador o cuando ven caer herido a un animal.

En los campeonatos futbolísticos, gritan hombres y mujeres. La misma damita que estuvo a punto de desmayarse porque un toro tiró un derrote a un caballo, pide a voz en grito a uno de sus "equipiers" favoritos, que haga una entrada violenta a un jugador contrario. Quisiera verle caer herido, destrozado, como fuera, con tal de obtener el triunfo. Un "goal" vale más que un hombre.

El cronista deportivo es la primera víctima de esta desmedida afición apasionada. Tiene que medir sus palabras y reparar con detenido miramiento sus crónicas y opiniones. Si habla bien de "Fulano", se molesta el club contrario. Si recoge una incorrección de un "equipier", se molesta colectivamente el pueblo al cual pertenece. Si bombea un triunfo, se enojan los derrotados. Si no alaba y censura a gusto de cada cual, llueven sobre él los improperios.

El cronista deportivo es un balón que se lanza constantemente de una pasión a otra, de un malhumor a otro malhumor, pero danzando siempre, sin que se le deje reposar un momento.

Los espectadores imparciales no quedamos libres de la locura colectiva que el exótico juego ha despertado en todos los lugares de España. Tenemos que apasionarnos, que gritar o que tomar partido.

Nosotros estamos ya resueltos a que hemos de abrazar en la próxima temporada: no ir a un solo "match", ni hablar una palabra de fútbol, aunque lo mande el Directorio en pleno...

ALFREDO R. ANTIGUEDAD.

San Sebastián.

ESTE NUMERO HA SIDO

PASADO POP LA PREVIA

CENSURA GUBERNATIVA